



Piedad Bonnett
La mujer incierta



Fragmento tomado de:
<https://www.epublicbre.org/>

De dónde vienes

Una ética calvinista

¿Será verdad que nos convertimos en lo que hacen con nosotros? ¿O le creemos a Sartre cuando escribe que lo importante es lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros?

En nuestra casa, *ser gente* empezaba por tener modales. Y las reglas eran estrictas. Estaban las básicas: masticar con la boca cerrada, no eructar ni echarse pedos, no subir los codos a la mesa, no hurgarse la nariz, lavarse las manos antes de pasar al comedor, saber coger los cubiertos. Y luego venían otras, menos obvias, que mi madre tenía como sagradas: no comer en la calle, no cortarse las uñas sino en lugares muy privados, como la alcoba o el baño, hablar pasito, no señalar ni con el dedo ni con la boca. Nuestro padre tuvo siempre una propensión al asco, algo que los médicos señalan hoy como relacionado con los trastornos de ansiedad —¡y él sí que era ansioso!— pero también con la evitación de la enfermedad, lo cual tal vez explique todo, porque siendo un adolescente estuvo a punto de morir de tifo. Así que después de lavarse las manos pasaba a la mesa con los puños cerrados, como temiendo contaminarse por el camino; tenía otras costumbres, sin embargo, que

a mi madre le parecían horribles pero que aceptaba resignadamente, como sonarse con un pañuelo de tela, aun cuando ya existieran los de papel, algo que también debió hacer renegar mil veces a las empleadas que, durante años, tuvieron que lavarlos. Había otras creencias extrañas que alcanzaron a perseguirnos durante toda la adolescencia: que si uno se bañaba estando lleno podía morir, y que tampoco era sano bañarse con gripa o cuando se tenía la menstruación. También que el pelo tenía que cortarse solo en luna creciente, «para que pelechara». Y algunas otras cosas, algo más esotéricas, que mi madre consideraba supercherías propias de gente ignorante.

Al lado de las buenas maneras estaban los mandatos éticos, que no podían ser transgredidos porque se consideraban faltas gravísimas: no oír detrás de las puertas, jamás leer una carta destinada a otro, devolver las vueltas exactas, no tomar nada de lo ajeno, no hablar mal del prójimo y, sobre todo, no decir mentiras. «El que es mentiroso es ladrón», repetía nuestra mamá como si fuera una sentencia bíblica. Un día mi hermana, muy pequeña todavía, llegó de la calle con un rosario de cuentas tornasoladas. ¿Quién se lo había dado? ¿Cómo había podido conseguirlo? El interrogatorio fue exhaustivo, implacable, acompañado de amenazas. Con lágrimas en los ojos la interrogada terminó aceptando que lo había

cogido del estante de una papelería. Allá fue obligada a volver, acompañada de un adulto, a devolverlo y a pedir perdón por su delito. La humillación y la vergüenza como escarmiento.

Fuimos criados en la obediencia, la forma doméstica de llamar a la sumisión. La autoridad no se cuestionaba. Porque su papá es el que manda. Porque lo digo yo. Porque los adultos son los que saben. Si la maestra decía que el castigo era escribir quinientas veces *hay que obedecer* había que trasnocharse haciendo «la plana», como la llamábamos. Nadie se planteaba la estupidez de ese ejercicio. Las monjas siempre tenían la razón. Si la empleada se quejaba, se le creía a la empleada. Extrañamente no nos volvimos taimados ni hicimos de la mentira nuestro reino, como era de esperarse, pero dentro de mí el deseo de rebelión empezó a crecer como una planta espinosa, en las tripas, primero, cuando todavía me plegaba al orden sin atreverme a protestar, y después en el corazón, el lugar donde la libertad echa mejor sus raíces.

Ni mi padre ni mi madre estaban hechos para el placer. Todo estaba teñido en nuestra casa de un rigor de leño. Los dos fueron criados en la ética calvinista del trabajo, que combinaban armónicamente con la visión católica del bien, que consiste, en su versión más positiva, en hacer buenas obras y ser misericordioso. A cada niño se le

daba una moneda para que la depositara en la jícara que pasaba el sacristán. Madrugar, ser puntual, ahorrar y no perder el tiempo eran los mandatos más básicos en esa sociedad premoderna, unidos a una austeridad que los hijos interpretamos como tacañería cuando llegamos a la adolescencia. El dinero era mirado con ambigüedad: se lo quería y a la vez se lo despreciaba. La comida era, sin duda, el placer que más se disfrutaba en nuestra casa. Aun en los tiempos malos la mesa se llenaba con curiosidades que cocinaba mi madre, que copiaba toda clase de recetas con su hermosa letra líquida en un fólter argollado. Trasnuchar era una idea que les aterraba a mis padres, pues la asociaban con vida licenciosa y vicios inconfesables; y a eso se sumaba —y se sumó siempre en su caso— un repudio profundo por el alcohol. Y eso en una tierra de borrachos como es Colombia y es Antioquia. En el caso de mi padre fue, según supimos, porque su primera borrachera fue un desastre tal de vómitos y descomposición que quedó curado de por vida. Y en el caso de mi madre, porque siempre cargó con un doloroso recuerdo: el de mi abuelo, aquel hombre bonachón y un poco taciturno que yo conocí siempre tan sobrio en su vejez, que en los tiempos de juventud entraba dando tumbos por el corredor de su casa, golpeándose con los muebles y causando estropicios, hasta que lo recibían los reproches de mi abuela, que llegaban con su

estruendo de furia hasta los oídos de esa niña dolida que se tapaba la cabeza con las cobijas.

Las fiestas en nuestra casa, pues, eran escasas. Si acaso pequeñas reuniones para celebrar un bautizo, o la noche de Navidad, en la que siempre abundaron los regalos. Pero los cumpleaños no se celebraron sino hasta que los hijos ya mayores impusimos la costumbre. En las vacaciones tampoco era corriente que fuéramos de viaje. Algunas veces nos enviaban a la casa de algún tío en otra ciudad, pero éstos eran casos excepcionales. Al cuerpo se le temía. A la desnudez. Al contacto. Y en esa misma línea de ascetismo, de rigor y severidad, las caricias eran escasas. Y también la expresión directa del cariño. Ahora oye uno en todas partes, en los aviones, en las calles, que alguien grita por el teléfono: «¡Te amo!». Como a Jonathan Franzen, que hace en un ensayo un elogio de la contención, esa expresión me parece estentórea, artificiosa. En español suena a mala literatura. El amor por los hijos, pues, no se verbalizaba. Se manifestaba de otra forma: algún elogio, compañía, muchos cuidados.

La pereza era el pecado capital que más encarnizadamente nos combatían. Mientras los hombres se jactaban de ser trabajadores incansables, fuera y dentro de casa —donde cambiaban bombillos o arreglaban los electrodomésticos—, las mujeres adultas vivían dedicadas a quitar el polvo de los rincones más

insólitos, a hacer postres y galletas y a bordar y a tejer. El mandato era «no tener nunca las manos quietas». Pero a eso no se lo llamaba trabajo ni se relacionaba con lo que hoy llamamos eficiencia o productividad. Arraigaba más bien en la idea cristiana de que el tiempo de ocio es perverso, pues puede llenarse de malos pensamientos, de chismes y de envidias. Mi hermana y yo éramos entrenadas en pequeños oficios: lavar el lavamanos con mucha agua y jabón, sostenidas en un banquito, o barrer algún corredor, después de ser entrenadas sobre cómo coger la escoba. Yo adoraba limpiar las entrañas de la máquina de coser de mi madre, armada de una agujita que me permitía recoger las motas. Eran, se supone, tareas formadoras. Mis hermanos, en cambio, no hacían nada. Nada de nada. Eran hombres, estaban destinados a mandar.

Nunca vi pelear a mis padres, aunque a veces sentía el aire tirante de alguna dificultad entre ellos. Pero durante toda mi niñez y mi adolescencia arrastré como un peso la condición neurótica de mi padre, un hombre nervioso, impaciente, a menudo intolerante, con un sentido de la responsabilidad que lo agobiaba y nos agobiaba, porque nada podía fallar. Yo temía sus estallidos, pero más aún sus angustias y sus miedos. Aquellas aprensiones tuyas nos marcaron a mis hermanos y a mí, a cada uno en forma distinta. Las mías han sido como pieles que me he ido arrancando con dificultad, a costa de exponer a la intemperie mi carne viva.

Conquistar el placer que se nos ha escamoteado desde niños, deshacernos del constreñimiento, de la consciencia culposa por gozar del ocio, del mandato del superyó que nos dice que todo debe ser rigor y orden, soltarnos a la noche sin ponernos una línea roja, puede llevarnos toda la vida. En esta tarea, que me propuse cuando vi aflorar los resultados de latigarme sin piedad, me ha ayudado esa otra que ha estado allí desde que nací, a la que mi madre le reprochó siempre la imprudencia, la descreída que detesta la pompa, la prosopopeya, la solemnidad, la adolescente que se escapaba de la casa y se peleaba con el autoritarismo. Las dos hemos dado una batalla a muerte, pero hay nudos que nunca logras desatar. De la educación que recibí me queda la repugnancia, no por el alcohol, sino por los borrachos. No me divierten. Me exasperan sus ojos bovinos, sus bocas babeantes, sus traspiés y sus impulsos agresivos. Quizá sea esto una última manifestación del miedo que siempre he tenido a perder el control que impone la vida social. Porque en otros terrenos, más íntimos, los de las pasiones o las obsesiones, siempre me ha amenazado el fuego de la desmesura, que puede terminar convirtiéndonos en ceniza.

Dice la Biblia que en el principio fue el verbo y en mi infancia también lo fue. En nuestra casa hubo siempre un culto por el lenguaje. Mi madre se burlaba en voz baja, con desdén aristocrático, de los que decían *quizque* o *dentrar*, señal de que *no les han enseñado ni eso*. El caso es que nos exigían que habláramos «bien». Eso quería decir pronunciar correctamente, respetar la gramática, tener un vocabulario amplio. Y, por supuesto, teníamos prohibido decir «groserías», incluidos los inofensivos *carajo* o *pendejo*, que hacían que de inmediato nos llamaran al orden, tildándonos de boquisucios. Así que apenas tuve un poco de independencia, con la misma alegría con que los niños celebran las obscenidades y las porquerías, yo me dediqué a decir «malas palabras», una decisión que se reforzó cuando entré a la universidad y me encontré con la moda libertaria de incluir al menos una en cada frase.

Mi madre era un compendio de anacronismos, que usaba de la manera más natural. De ellos el que nos resultaba más divertido era la expresión afirmativa «ello sí», que según el *Diccionario panhispánico* de la lengua es la «forma neutra del pronombre personal tónico de tercera persona del singular», y «procede del demostrativo neutro latino *illud* y su correspondiente átono *lo*». Cuando leí el *Quijote* me sorprendió encontrar numerosas palabras usadas por mi madre, y entre ellas una

extrañísima, que le servía para nombrar a una persona que está quieta y estorbando en algún lugar: *estafermo*. Estaba ya en la universidad cuando me interesé por descubrir su significado, y supe que es un muñeco del tamaño de un hombre que los caballeros medievales usaban en los entrenamientos para los torneos donde se jugaban la vida usando sus lanzas. No me extraña. Nuestro pueblo, rodeado de montañas, estuvo, como Macondo, en aislamiento casi total desde que fue fundado en 1838 por el sacerdote José Santamaría y Zola, español procedente de Málaga, España, hasta que se hizo un aeropuerto, en tiempos del general Rojas Pinilla, que permitió un cierto flujo de gente forastera. Fue así como se preservó el habla anacrónica de mi madre que a los hijos nos hacía tanta gracia.

Crecí pensando que mi padre tenía un lado intelectual. Había sido corresponsal de un periódico, era muy curioso y estaba lleno de datos, había conformado una pequeña biblioteca y sabía poemas de memoria. Por eso me sorprendió enterarme de que mi decisión de estudiar Filosofía y Letras no solo le parecía una inutilidad, sino una tragedia. Eso ¿para qué podía servir? No se iba uno a gastar varios años y muchos pesos para dedicarse a divagaciones. Además, los escritores y los filósofos eran todos comunistas. O muertos de hambre. Ese pensamiento era generalizado entre la pequeña burguesía que constituía mi entorno.

Cuando el papá de Raquel, mi vecina, que estudiaba Ingeniería, supo que yo —que le había ganado la pelea a mi padre, pero todavía tenía abiertas las heridas de nuestros enfrentamientos— estudiaba Filosofía y Letras, comentó, con una sorna que se me clavó como un dardo envenenado: «Un bonito adorno».

Como bien se sabe, la palabra nos constituye. Es posible que para mis padres el «buen» uso del lenguaje estuviera puesto principalmente al servicio del orden y fuera moldeado por una moral parroquial, y que en su respeto por la palabra pueda rastrearse algo de eso que hoy llaman un deseo aspiracional. Pero de su relación tan consciente con las palabras, de su gusto por la elocuencia y de su cruzada por el buen decir vino mi pasión por el lenguaje, ya no solo en su forma más obediente y normada, sino en su capacidad infinita de decirlo todo —o casi todo— rebelándose contra su propia lógica.

¿Y usted quién es?

No tenía más de siete años cuando comprendí que en mi pueblo todo el mundo se sentía mirado. Los adultos salían a la iglesia, a la tienda, al parque, sintiendo sobre ellos los muchos ojos de las viejas en las ventanas, de los vecinos que juzgaban cada cosa y, sobre todo, de los enemigos, un nombre

para los envidiosos o los malquerientes. Así que desde siempre oí hablar del «qué dirán». Cuidado con *elquédirán*. Sobre cuestiones morales, por supuesto, pero también sobre todo lo que rebasara lo esperado. La mujer que «se la pasaba callejeando», el tipo al que habían visto en el barrio de tolerancia, la joven que montaba a caballo con las piernas abiertas. Esa señora que estaba fumando en la calle. Aquella que se emborrachó en el bazar con el vino de consagrar. La que iba muy maquillada. La que hablaba demasiado duro. Porque el «qué dirán» afectaba sobre todo a las mujeres, escudriñadas y juzgadas por los hombres, pero también por otras mujeres. Aquella amenaza del juicio ajeno me ha perseguido desde entonces como una sombra. Ya no me amedrenta ni me limita, pero no dejo de sentir, desde que me acuerdo, un par de ojos imaginarios clavados sobre mí, incómodos e irritantes, como los de ese Dios que nos veía incluso cuando nos ocultábamos debajo de las cobijas.

Pero había algo mucho más hondo, denso, como esas aguas negras que pasan por debajo de las calles, cuyo olor alcanza a escaparse por las alcantarillas, que era asumido por el pueblo entero como un destino: no todos éramos iguales. Estaba «la gente bien» y la otra, que no tenía nombre. No era una cuestión de dinero, sino de algo etéreo, vago, incomprendible para un niño, que en la práctica no se vivía como una confrontación —pues

no tuve nunca evidencia de un trato violento, ni siquiera rudo, hacia el «distinto»— sino como el resultado natural de una inapelable sentencia divina. La crueldad inherente a la exclusión era dulcificada por el paternalismo, que «los de arriba» ejercían con una condescendencia que era la forma de disimular el desprecio. En mi pueblo se discriminaba a la gente por los apellidos, sin que hubiera una ley clara que explicara por qué éste sí o éste no. No quiero repetir aquellos que hacían a sus portadores personas de segunda clase, pero ahora que mi memoria los repasa no encuentro que el estigma proviniera de que fueran apellidos propios de las etnias discriminadas desde siempre. Eran de origen tan español como los nuestros, pero estaba claro que no clasificaban para estar en la parte alta de la pirámide social. Muchas veces a lo largo de la vida oí preguntar por el apellido como forma de ubicar a alguien en el estricto orden imaginario creado por el clasismo ancestral de los colombianos. ¿De qué Sánchez es? De los de esta región o la otra, era una pista, como de qué colegio saliste, en qué universidad estudiaste, qué hace tu padre.

No se crea que ese clasismo solo existía en mi remoto pueblo feudal. Desde mi adolescencia iba a verlo también en Bogotá. Cuando terminamos la primaria, mi mamá quiso sacarnos a mi hermana y a mí del colegio regentado por monjas en el que estudiábamos porque, según ella, «no estábamos

aprendiendo nada». Algo que, me temo, era verdad. Entonces fue con mi padre a solicitar un cupo a un colegio también de niñas pero que para mí tenía una virtud fundamental: no era de monjas. Lo dirigía una de esas señoras bogotanas aristocráticas de gestos pausados y faldas de paño escocés que hablan entre dientes, con susurros. La imagino examinando la ropa de mis padres, tal vez vestidos de manera excesivamente formal para la cita —mi padre con su corbatín y sus tirantas, que le daban un aire excéntrico, mi madre con su ropa de corte clásico—, tratando de medir cuánto habría en ellos de provinciano, de falta de *roce social*. De cuáles Bonnett, habrá preguntado, ¿de los de la costa, de los que tenían almacenes en la plaza de Bolívar, de los de una ene y una té? Mis padres recibieron días después, sin ningún aspaviento, la notificación de que no clasificábamos para ese plantel de élite y buscaron otro de monjas españolas. No creo que nos hubiéramos perdido de nada. Como dice uno de los personajes de Wilde, lo que nos hace falta después de salir de la escuela — sea de ricos o de pobres— es tiempo para desaprender lo enseñado.

A aventurar

Con la firmeza silenciosa que tuvo siempre, mi madre había convencido a mi padre de que nos

instaláramos en Bogotá para que no nos criáramos como *unos montañeros*, y para estar más cerca de mis abuelos, que ya se habían venido. Llegamos, pues, en el 59, a su apartamento en Teusaquillo, desde el que veíamos cómo se ocultaba un sol mucho más grande y rojo que el de nuestro pueblo, un sol que teñía las nubes de increíbles resplandores naranja y violeta. Mi mamá repetía que en su vida jamás había visto atardeceres así, y sus palabras parecían reforzar la idea de que *aquí* todo, todo, hasta el color del sol, era mejor que *allá*. Mi abuelo me sacaba a pasear por las amplias calles del barrio, bordeadas por árboles de hojas temblonas, que se teñían de esa luminosidad única de la ciudad, plateada en las tardes opacas y de un dorado alegre cuando el cielo estaba despejado. Y siempre, siempre, heladas. Aquel hombre grande y pesado, de gafas de aros de carey y pantalones con tirantas, tuvo siempre un nimbo de tristeza que se acrecentó al llegar a Bogotá, donde sintió desde el primer día nostalgia de su pueblo, en el que había ejercido durante años como notario. En su mesita de noche se apilaban un montón de libros, que según se rumoraba eran todos prohibidos, porque estaban en el *Index librorum prohibitorum*, cuya última edición fue de 1948, y que informaba a los feligreses católicos qué autores no se podían leer. Anatole France, André Gide y Sartre tuvieron el honor de estar en esa lista.

A mí me encantaba la idea de que mi abuelo fuera un impío, un hereje, un contradictor de la Iglesia. Eso le daba un aura de hombre rebelde que me seducía. En cambio, me molestaban las imposiciones de mis tíos, que nos regulaban la comida y nos mandaban callar. Por eso viví como una liberación que nos emancipáramos, meses después de haber llegado, de una manera casi épica. Y es que nuestro padre había conseguido un empleo en la empresa de un grupo que empezaba a ser poderoso. O ya lo era, no lo sé. No hace tanto me contó cómo lo obtuvo. Después de entrevistar a aquel hombre casi autodidacta, el gerente le ofreció un sueldo que, según los cálculos de mi padre —un hombre práctico, con los pies en la tierra—, no le iba a alcanzar para cubrir los gastos de la familia. Entonces, del tímido que siempre fue emergió una audacia que jamás le habíamos conocido, y que lo llevó a hacerle a su posible empleador una propuesta insólita: trabajaría dos meses gratis, y si el trabajo era de su agrado, esperaba que le pagara la suma que él creía que necesitaba. Y así fue. Mi padre trabajó allí muchos años, muchísimos, y se convirtió él mismo, con el tiempo, en el reemplazo del gerente que lo recibió.

Unos meses después de estar trabajando llegó con la noticia. Acababa de comprar una casa equipada «con todo». ¿Con todo? Los niños abrimos los ojos con deslumbramiento. ¿Con televisión?, preguntamos, porque un televisor era

nuestra ambición suprema. La televisión había llegado a Colombia en 1954, hacía seis años, y solo tenían televisores las familias acomodadas. Nuestros abuelos no. Su entretenimiento era la radio, y para mi abuela, las radionovelas, que oíamos juntas a las cinco de la tarde, y que me fascinaban con su truculencia y su cursilería. Y con sus efectos especiales: puertas chirriantes, sonidos de llaves, pisadas en los escalones, motores de carros y despegues de aviones.

En los matrimonios tradicionales de aquella época, el padre era casi siempre el único proveedor, el que cargaba con las obligaciones económicas. «La larga década de 1950, que en Estados Unidos se extendió desde 1947 hasta comienzos de la década de 1960 [...], fue un momento único en la historia del matrimonio —escribe Stephanie Coontz—. El consenso cultural de que todos deberían casarse y formar una familia en la que el marido se hiciera cargo de la manutención fue como una aplanadora que acabó con toda opinión alternativa. A finales de la década de 1950, hasta las personas que habían crecido en sistemas familiares completamente diferentes llegaron a creer que el casamiento universal, a edad muy temprana, con el propósito de formar una familia con un marido proveedor era la forma tradicional y permanente del matrimonio». Mi padre sostenía la familia con un

esfuerzo que a veces lo volvía irritable o le provocaba crisis de nervios. Mi mamá —que había dejado su trabajo de maestra obligada por la convención y los prejuicios masculinos— ayudaba como podía, haciendo tortas para vender, manejando con austeridad el presupuesto, rehaciendo pantalones y chaquetas con parches de tela en rodillas y codos.

Hoy, esa casa del barrio Sears que mi padre pudo comprar endeudándose hasta los tuétanos, es solo una casita de dos plantas, de frente estrecho, con un jardín delantero en el que habían plantado unas humildes flores color fucsia que no volví a ver nunca más, y que en internet llaman higuera de Hottentot; pero lo que los niños vimos al entrar por primera vez fue un lugar fabuloso, acogedor, con sus pisos de madera y una escalera empinada que nos llevaba a las habitaciones y a un patio cubierto por un techo de vidrio que mi madre decidió llamar simplemente «la marquesina». Unos gringos que se devolvían para su tierra, los señores Tremato, se la habían vendido a mi padre con su nevera, su tostadora, su máquina de hacer helados, sus ollas y sus jarrones, y sus muebles sencillos y prácticos, sus almohadas de plumas y hasta una despensa llena de harina para *pancakes* y chocolate en polvo y otras delicias que no habíamos visto jamás. Mi hermana y yo teníamos unas camas gemelas con un hueco en la cabecera que albergaba un radio despertador que a las seis de la mañana emitía *Lo que pasa en*

Cuba, un programa donde un locutor con voz altisonante daba múltiples ejemplos de los horrores del comunismo. En la sala estaba la vieja radiola alemana color caoba, de teclas y botones de hueso, que todavía hoy permanece en la casa de mis padres como una reliquia. Y en la salita auxiliar, en el segundo piso, imponente sobre sus patas *art déco*, el televisor con sus antenas marcianas, que movíamos con desesperación cuando la señal hacía que una lluvia insoportable se llevara las imágenes de *Lassie* o de *Yo quiero a Lucy*.

Lo que con más cariño recuerdo de aquellos tiempos de mi niñez es el olor a las tostadas recién hechas y el vapor del chocolate a la llegada del colegio, que inaugurábamos con la misma pregunta, siempre: «¿Mi mamá está?». Y lo que mi memoria revive como un tormento, la consciencia de una escasez que es difícil de precisar. Todo estaba ahí: comida sencilla pero sabrosa, ropa limpia, aunque tal vez camisas con coderas o con el cuello volteado del revés. Cuadernos, revistas por suscripción, un curso de dibujo que tomaba por correspondencia. Pero existía una consciencia permanente de que había dificultades económicas, sacrificios, necesidad de ahorrar. Y de vez en cuando se desataba alguna pataleta paterna, un castigo por haber perdido algo, por no cuidar, por desperdiciar.

Allí, en esa casa que hacía sentir orgullosos a mis padres, donde nos parecía que todo olía a nuevo,

nació mi hermano menor. Pero antes mi madre tuvo una pérdida, algo que solo entendimos tiempo después porque todo lo que tuviera que ver con procreación estaba en nuestra casa rodeado del más profundo secretismo. Si no estoy mal, ése era el cuarto embarazo de mi madre, y la pérdida se la originó —pero tal vez me lo esté inventando— una caída por las escaleras, que estaban siempre relucientes después de limpiarlas compulsivamente con cera. Luego quedó embarazada de nuevo. No sé si por no ilusionarnos, o por alguna otra razón, nadie nos anunció aquel acontecimiento, pero la poca malicia que nos acompañaba en ese tiempo hizo que empezáramos a sospechar que algo raro estaba pasando. Entonces nos dedicamos a comprobarlo. Cuando nuestros padres salían, al mercado o al cine, nos dedicábamos a abrir cajones buscando evidencias. En los cajones altos de una cómoda encontramos, como quien descubre los rastros de un asesinato, camisitas, pañales y biberones, y nuestro hallazgo nos llenó a la vez de euforia y de culpa. Así que pactamos no decir nada, y nos mostramos impasibles durante meses mientras la barriga de nuestra madre se hacía enorme, hasta el día en que hipócritamente fingimos sorpresa cuando ya no tuvieron más remedio que revelarnos la verdad hasta entonces oculta.

El peso de la clase social en la que nacieron ha ocupado a muchos escritores. A Didier Eribon en *Regreso a Reims*, a Annie Ernaux, que describe el mundo rudo, vulgar, un poco sórdido de sus padres tenderos. Y a Édouard Louis, discípulo literario de los dos, que se queja de la sordidez de su entorno donde *en las comidas solo había patatas fritas, pasta, muy de tarde en tarde arroz y carne, filetes rusos congelados o jamón, del supermercado de superdescuento*. Y de la violencia de su padre, que *comía directamente de la fiambra, como los animales*. Eribon es especialmente explícito y descarnado cuando habla de cómo quiso escapar — y escapó— del mundo obrero que le resultaba insufrible, de sus bromas vulgares y sus violencias machistas, y de cómo se hizo «un tránsito de clase». «Al poco tiempo, todo nos diferenciaba, desde la manera de vestirnos o peinarnos hasta la manera de hablar o pensar». Otros muchos, en cambio, han recreado su crianza en mundos cultos y exquisitos, como Nabokov o Amélie Nothomb. Yo nunca sentí que viniera de un lugar que me incomodara o me avergonzara. La mía era una familia de clase media sin pretensiones ni esnobismos, con los valores de esa pequeña burguesía con deseos de «progresar» que tanto despreciaron los marxistas de mi generación. Mis padres eran correctos en sus maneras, vestían con discreción y buen gusto, y mi madre buscaba estar

a la moda. Sin embargo, al llegar a mi adolescencia, empecé a encontrar cursis algunos de los objetos que tenían en alta estima: una pintura de santa Ana con marco dorado, una esfera de vidrio en la que, entre agua, flotaba una especie de orquídea artificial, algún jarrón de retorcimiento barroco o un cenicero tornasolado, tropezones del gusto causados por rezagos pueblerinos o por momentáneos deslumbramientos frente a la modernidad, que ahora me resultan enternecedores. Que mis hermanos y yo los viéramos con recelo y una discreta sonrisa quería decir que el trasplante urbano que ellos habían deseado para nosotros comenzaba a ser exitoso.

Era claro, sin embargo, que un mundo más glamuroso que el nuestro estaba ahí, a un paso, y fuera de nuestro alcance, pero la imposibilidad de habitar en él no me atormentaba. Ya en el colegio había conocido compañeras bronceadas de jugar tenis en sus clubes, que hablaban con fluidez otra lengua, que iban de vacaciones a Miami y se compraban vestidos de baño israelíes mientras las demás nos conformábamos con los nacionales de corpiños tiesos sin ningún *sex appeal*. Yo las miraba con fascinación pero sin envidia, como se mira esas joyas finas y caras que aunque hermosas jamás nos las pondríamos porque no van con nuestro estilo, o porque ni siquiera nos gusta usar joyas. Envidiaba, en cambio, locamente, a las que estudiaban en colegios mixtos. En ellos la vida tenía que ser

infinitamente más excitante que en los exclusivamente femeninos, donde no había espacio para los enamoramientos, las miradas seductoras, los mensajes deslizados furtivamente en los pupitres o en los bolsillos. Y donde al lado de la camaradería había también crueldad, ñoñez y simplicidad. Y monjas, monjas inanes sin imaginación, inundadas de prejuicios y a menudo de rabia, que se cebaban en las rebeldes como yo. Pero esos colegios estaban fuera de nuestro alcance. No valía la pena que soñáramos con ellos. Tener claro el límite era la única forma de salvarnos de la frustración.